

ATIENZA ILUSTRADA

ARTE, LITERATURA, HISTORIA.



ULTRAMARINOS Y FERRETERIA

DE

RAFAEL DE LUIS

ATIENZA.—PLAZA DEL MERCADO

(Música de *Lás Bravías*.)

¿Has visto qué tienda Papel para cartas,
tiene Rafael? de barba, rayado...
Aquí no hay quien venda de escribir no te hartas,
barato como él. pues es satinado.
Zapatillas, botas, Para la cocina
de buen material tiene batería,
nunca las ves rotas; barata y muy fina
es cosa especial. de ferreteria.
Vende chocolates, Hay ceras muy buenas
azúcar, café, y mil cosas más.
latas de tomate, Di ¿tiene colmenas?
licores y the. Vé y lo verás.

BASILIO BARAS



Comisionista de granos

**Venta de salvados, moyuelos
toda clase de piensos**

COMPRA Y VENTA DE GRANOS Y LEGUMBRES

PLAZA DEL MERCADO

Atienza

JUAN ASENJO LANDERAS

COMISIONISTA

EN

GRANOS

COMPRA Y VENTA

DE

TODA CLASE DE CEREALES

Atienza



LA MINERVA TIPOGRAFICA

PLAZA DE LOS ARBOLES, 35

ATIENZA

Con esmero y economía se hacen facturas, membretes, sobres timbrados, tarjetas, volantes, oficios, circulares, recibos, fés de vida, esquelas de defunción, etc. etc.

LA MINERVA TIPOGRAFICA

PLAZA DE LOS ARBOLES 35,

ATIENZA

ATIENZA ILUSTRADA



Arte, Literatura, Historia, Ciencias
Agricultura, Industria, Bibliografía, Curiosidades



Director literario

Eduardo Contreras



Director artístico

Jorge de la Guardia

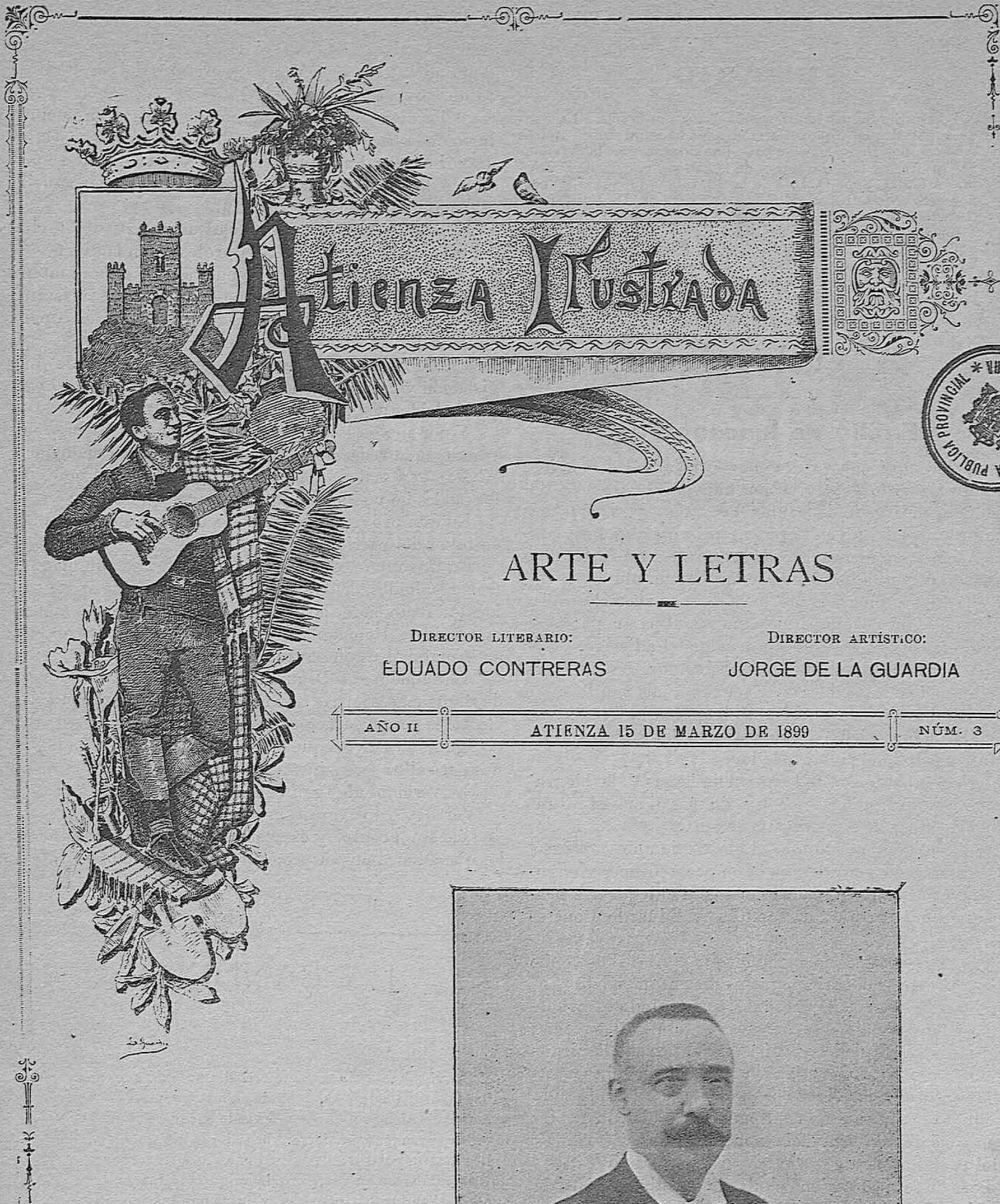


Aceptamos
la colaboración de todos
los amantes de nuestra Provincia.
De los artículos firmados son responsables sus autores.
No se devuelven los originales aunque no se
publiquen. Anunciaremos las obras de las
que se nos remita un ejemplar.



DIRECCIÓN DE LA CORRESPONDENCIA:

Al Administrador de *ATIENZA ILUSTRADA*, Atienza, provincia de Guadajajara (España).



AtiENZA Ilustrada



ARTE Y LETRAS

DIRECTOR LITERARIO:
EDUADO CONTRERAS

DIRECTOR ARTÍSTICO:
JORGE DE LA GUARDIA

AÑO II ATIENZA 15 DE MARZO DE 1899 NÚM. 3



DON EMILIO DE IGNESON PAZ

SUMARIO

TEXTO: D. Emilio de Igeneson, por Luis Cordavias.—La Bandera, por Miguel Ramos Carrión.—Médicos ilustres: Andrés Alcázar, por D. José Palancar.—La Aldeana, por la Srta. doña Elvira Solís.—Garcilaso de la Vega, por D. A. P. Rioja.—A Málaga, por D. José de la Guardia.—Jueves Lardero, por la Sra. doña Isabel Muñoz.—Soneto, por D. Luis de la Guardia.—Historia de las Férias, por D. Eduardo Contreras.—Los Coleccionistas, por Julián Amo.—El Médico de L... por S. Con y Tres.—En unabanico, por D. Jorge de la Guardia.—Visita de los Excursionistas.—Miscelánea.

GRABADOS: D. Jorge de la Guardia.—Campesinos de Guadalajara.

A vuela pluma.

Emilio de Igeneson Paz.

Héme aquí convertido, por gracia del bondadoso amigo Eduardo Contreras, en nuevo Cide Hamete Bengeli, encargado de cantar los *fechos* y *fazañas* más importantes del joven diputado provincial por Sigüenza-Atienza, cuyo nombre dá epígrafe á este articulejo trazado por mi humildísima y mal tajada pluma.

—¡Valiente biógrafo me ha tocado en suerte!—exclamará de seguro el simpático Igeneson al pasar por estos renglones sus expresivos ojos... valga el adjetivo.

A lo que yo contestaré con la mayor desenvoltura y sin que los tintes del rubor acudan á mis mejillas:

—Hijo mío, yo en este asunto hago lo que Pilatos: me lavo las manos; si el hecho constituye delito, caiga sobre Contreras todo el rigor de la ley.

—Necesito que con toda urgencia haga V. la biografía de Emilio Igeneson;—me dijo sin más ni más el incansable director de ATIENZA ILUSTRADA.

Tal petición prodújome el efecto de un escopetazo.

Por un lado, consideraba la empresa difícil y engorrosa, y por otro; érame dolorosísimo desairar á persona para mí tan querida como lo es Eduardo Contreras.

Por fin,—como diría cualquier *folletinista* al uso,—me decidí á realizar el trabajo que se me encomendaba.

Y tan á pecho tomé el asunto, que tentado estuve de emprender un viaje á la hermosa región gallega, cuna de nuestro biografiado, y allí, sobre el terreno, aspirando los puros aires *da miña terra*, describir minuciosamente y sin olvidar el más pequeño detalle la vida toda de aquél *rapaciño* que con el tiempo había de constituirse en *papá* de esta provincia, por gracia de los electores y del partido liberal.

Pero de tal pensamiento hubo de desistir, en vista de la prisa con que se me reclamaba el trabajo, y aun á trueque de pasar muchos, por carecer de apuntes y datos precisos para tal cosa, decidíme á realizarla, no sin antes encomendarme á todos los santos de la Corte celestial y principalmente á San Benito Palermo, abogado de los malos escritores.

Dicho lo anterior á guisa de proemio y principalmente en descargo de mi conciencia, cuya tranquilidad deseo conservar mientras aliente, doy principio á la empresa... y Dios nos coja á todos confesados.

Emilio de Igeneson nació gallego y liberal.

Lo primero es evidente, porque vino al mundo en la ciudad orensana; en cuanto á lo otro, aténgome á referencias de su paisano Angel Blanco, ilustrado médico de Guadalajara.

Allá, por el año de 1878, comenzó á *politiquear*, sien-

do nombrado al poco tiempo secretario del comité liberal de Orense.

A los diez y seis años empuñó las armas como voluntario de la libertad en un batallón organizado en Oviedo por el actual marqués de Terverga, batallón que constituyó la única fuerza encargada de defender aquella ciudad en la última guerra civil.

Con gran aprovechamiento alcanzó el título de Licenciado en Derecho, honrosa profesión en la que ha logrado señaladísimos triunfos, pues á más de una inteligencia clara y privilegiada, posee una oratoria fácil y correcta, con la cual expresa maravillosamente sus oportunísimas y atinadas reflexiones.

Ha sido secretario de la Academia Orensana de Legislación y Jurisprudencia, y de la sociedad *Fok Lore*, de Madrid, que presidía D. Victor Balaguer.

Y por si algo le faltaba ser, dedicóse á periodista, entrando en la redacción del periódico liberal madrileño *El Debate*, donde publicó notables trabajos, algunos de los cuales he podido saborear.

En esta provincia harto conocidas son sus campañas en favor del partido liberal.

En Cogolludo, donde ejerce la abogacía con magníficos resultados, ha trabajado siempre en favor de sus ideales, recibiendo las inspiraciones de su gran amigo el conde de Romanones, quien siempre le admiró por su localidad y consecuencia.

Actualmente es Diputado provincial por el distrito de Sigüenza-Atienza, donde le quieren en extremo sus electores por su carácter servicial y simpático.

Igeneson es de los que suben, porque tiene condiciones para ello.

¿Le veremos algún día en los escaños del Congreso? Veredes, dijo Agrajes.

Que sea pronto, y estaremos de enhorabuena todos los que admiramos sus excepcionales condiciones.

Luis CORDAVIAS.

LA BANDERA

I

Yo la ví tremolando .
gallarda, altiva, enhiesta,
y respetada siempre
lo mismo en mar que en tierra.

Los alegres colores
que ostentábanse en ella,
simbolizaban juntos
con sus bandas gemelas,
lo que la patria amante
daba por sostenerla:
el oro de sus arcas,
la sangre de sus veras.

Hoy, desmayada y triste,
con humildad se pliega,
amarilla de rabia
y *roja de vergüenza*.

Los que así la ultrajaron,
los que así la desprecian,
los que así la deshonran,
¡malditos sean!

II

El día en que la patria
de su letargo vuelva;
cuando sacuda el yugo
brutal que la sajeta;
cuando viril recobre
la aniquilada fuerza,
y corra por sus miembros
calor de sangre nueva,
no sé quién, pero alguno,
la nacional enseña
izará sobre el asta
que siempre erguida espera.

Y otra vez, tremolando,
volveremos á verla,
gloriosa y respetada
lo mismo en mar que en tierra.

Y aquél que la levante,
aquel que la sostenga,
aquél... sea quien fuere,
¡bendito sea!

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.

MÉDICOS ILUSTRES

Andrés Alcázar.

Entre los no escasos timbres de glorias con que legítimamente puede envanecerse nuestra provincia, no es sin duda el menor entre ellos el de haber sido cuna, y no en corto número, de ilustres médicos, cuyos nombres figuran dignamente en la Historia de la Medicina patria. Del número de esos esclarecidos varones es Andrés Alcázar, genial cirujano del siglo XVI, cuyas ideas sobre la trepanación del cráneo han sido no hace mucho, objeto del concienzudo exámen en el erudito discurso leído por el doctor Ribera y Sans en contestación al del doctor Miguel y Viguri, con motivo de la recepción de este último en la Real Academia de Medicina.

En estos tiempos en que cegados los españoles por la negrura de nuestras desdichas, parece que nos empeñamos en regatear glorias á los pasados tiempos, no está de más recordar que alguna vez hemos sido algo y que la ciencia se ha enriquecido con trabajos de españoles, cuyos nombres casi relegados al olvido, acaso lo hayan estado más que por otros motivos, por nuestra inveterada desidia para ciertas cosas.

Uno de estos españoles ha sido Andrés Alcázar, médico y cirujano, natural de Guadalajara, como él mismo declara con cierto airecillo de vanidad en varios pasajes de su obra y en la portada del mismo libro, donde hace constar esta cualidad al lado de otros honoríficos títulos con que se honraba. No se conoce la fecha exacta de su nacimiento, si bien se presume que debió ser en uno de los últimos años del siglo XV, á juzgar por la de su paisano y también eximio médico Luis de Lucena, que fué coetáneo suyo y muy su amigo. Sábese que hizo sus estudios médicos en la Universidad de Salamanca; de donde, una vez terminados, pasó á su ciudad natal, en la que ejerció durante su juventud. Sus aficiones le llevaron al campo de la Cirujía en el que consiguió brillantes triunfos, según se desprende de la lectura de los diversos párrafos de su obra, en que hace referencia á intervenciones arriesgadas llevadas por su singular pericia á feliz término.

Su estancia en Guadalajara se hace notar porque durante ella se le ocurrió la idea de la modificación por él introducida en los útiles empleados en la trepanación de los huesos del cráneo, y sus nuevos instrumentos fueron fabricados, siguiendo sus instrucciones, por artífices de la misma localidad. La originalidad de su innovación está patentemente demostrada por las palabras que emplea Alcázar al hablar de este asunto, haciendo su historia; por cuanto al principio afirma terminantemente que siendo él joven y guiado por la solicitud con que miraba los instrumentos quirúrgicos decidió hacerse *herramientas nunca vistas antes de él, ni aún por sus preceptores* y después refiriendo la visita que le hizo á su paso por Guadalajara, el médico de Francisco I de Francia, Luis de Bourges que acompañaba á este monarca, cuando vencido en Pavía, fué conducido prisionero á España, cuenta que le mostró *sus instrumentos, los cuales le agradaron tanto, que se hizo fabricar otros iguales antes de volver á su patria*. Los tales instrumentos debieron propagarse pronto por España, tanto que Alcázar dice, no sin protestar antes de que tal aseveración se achaque á arrogancia suya que con su uso muchos cirujanos de su tiempo ejecutaban más hábilmente esta operación que ninguna otra. Su amigo Luis de Lucena fué, según su testimonio, el que durante sus viajes por Francia é Italia, divulgó aquellos instrumentos, en sus relaciones con los cirujanos de más renombre de aquellos países. Las mejoras introducidas por Alcázar fueron publicadas en los diseños de una obra de Vido-Vidius, aparecida treinta años después de la fecha en que Alcázar llevó á la práctica las reformas por él ideadas en los instrumentos destinados á la trepanación.

No es del caso dar aquí detalles técnicos de tales perfeccionamientos, basta dejar consignado, y ello solo bastaría para hacer memorable el recuerdo de nuestro cirujano, que merced á ellos la aplicación del trépano

perdió muchos de sus peligros, permitiendo su más frecuente empleo, y correspondiendo á Alcázar el mérito de ser indiscutiblemente un notable reformador de la operación de la abertura del cráneo; á cuya historia van por lo demás unidos los nombres de otros célebres cirujanos españoles.

No es este el único mérito de Alcázar, cuyas ideas sobre el tratamiento de las heridas de la cabeza, como señala autorizadamente el Doctor Ribera, forman un cuerpo de doctrina, donde se vé la tendencia á armonizar las opiniones de Avicena, Cornelio y Guido principalmente, con las que para él eran fundamentales de Hipócrates y Galeno. Su obra escrita en latín y publicada en Salamanca en 1575 con el título de *Los seis libros de Andrés Alcázar, natural de Guadalajara, Médico y Cirujano de la Universidad de Salamanca, primer Profesor de Cirujía de la Facultad*, es un buen resumen de las ideas profesadas por Alcázar, y es de notar sobre todo por la originalidad que descuella en toda la obra, reflejando á cada paso el carácter de sagaz observador y genial cirujano propio del autor.

No es posible en los estrechos límites de un artículo hacer un examen, por ligero que fuese, de tan notable libro. En él, además de las reformas que introdujo en los instrumentos para trepanar el cráneo, cita otros aparatos de invención suya. Tales son, por ejemplo, los que ideó para practicar la contraabertura y la extracción del pus en los casos de heridas penetrantes de pecho, instrumentos contruídos con el fin principal de impedir la entrada del aire en la cavidad torácica durante esta operación, así como una sonda destinada á marcar el sitio donde ha de hacerse la contraabertura. En el mismo capítulo del libro, combate las ideas sostenidas por algunos cirujanos de su época, entre ellos los célebres Guido de Chauliac y Guillermo de Saliceto, que creían que las heridas penetrantes de pecho interesaban toda la cavidad del tórax; afirmando que tal opinión era insostenible para todos los que como él hubieran visto los tabiques membranosos que dividían dicha cavidad, impidiendo que el pus ó la sangre se esparciesen por toda ella. Razones semejantes son las que aduce en otros pasajes y sobre otros órdenes de asuntos, para justificar sus procedimientos, demostrando así su criterio dominante de subordinar juiciosamente su conducta como cirujano á los datos de la Anatomía.

De sus conocimientos en este ramo del saber, hace gala al discutir el sitio donde debe hacerse la contraabertura en los casos de heridas penetrantes del pecho, así como en el capítulo II del libro 2.º de su obra, al hablar del origen de los nervios, negando que naciesen del corazón y afirmando que lo tenían en el cerebro y médula espinal; siendo de notar la correcta distinción que hace entre nervios sensitivos y motores, al manifestar su opinión de que las órdenes del alma se conducían por diferentes cordones, unos para el movimiento, otros para la sensibilidad; rebatiendo y citando para ello en su apoyo diversos hechos por él observados (entre ellos uno muy curioso de tétanos, consecutivo á una herida del pié) la opinión de otros autores anteriores á él.

Por fin, practicada la sutura de los tendones cortados para obtener su curación por primera intención y en las amputaciones recomienda como la mejor una sutura inventada por él á la que llama sutura de red.

Son notables también sus capítulos sobre la sífilis y la peste bubónica, sosteniendo que la primera era conocida ya por Plinio, Claudio y otros autores de la antigüedad, opinión que merece tenerse en cuenta, dada la fecha en que él vivió, próxima de la que se señala como la que marcó la aparición de tal afección en Europa.

Con lo dicho, creo que basta para probar los altos merecimientos de Andrés Alcázar, notable clínico, experto y hábil cirujano y sobre todo original en muchas cosas, especialmente en todo lo que atañe á instrumentos y manual operatorio, asuntos que siempre le preocuparon, llevándole á inventar unos ó á reformar convenientemente otros para difundir y hacer más accesible á todos su empleo.

Prueban además sus notabilísimas dotes los encomios que de él han hecho en sus escritos, médicos extranjeros del renombre de Portal, Astruc y el barón de Haller, el puesto que por sus méritos alcanzó en la Universidad de

Salamanca, y el concepto en que era tenido por sus contemporáneos, á ruego de los cuales y no por voluntad suya dió á la estampa su obra, en el prólogo de la cual Antonio de Cáceres le llama «nuevo Esculapio, inventor de nuevos y nunca vistos instrumentos para curar casi todas las enfermedades del cuerpo,» añadiendo más adelante que «era hombre de tan alto y agudo ingenio, que nadie hubiera podido, sino á costa de muchísimo trabajo, aventajarle en conocimientos;» y alaba su laboriosidad en rebuscados giros de lenguaje, propios del estilo de aquellos tiempos, diciendo que tal era ésta y tanto su ingenio que armado como estaba tan bizarramente ¿qué obstáculos no habría de allanar con la mayor facilidad?

Tal era Andrés Alcázar pintado por los que le conocieron y trataron y alabado con honoríficos términos, dignos de tan ilustre alcarreño, honra de la Cirujía del siglo XVI.

JOSÉ PALANCAR.

Madrid 21 Enero 99.

LA ALDEANA

ROMANCE.

| | |
|---|--|
| Déjame madre ir al baile que el tamboril suena ya, y con sus sonos me dice que el baile vá á comenzar. | no me olvidará jamás ¡Ay madre! tiene una gracia tiene un modo de bailar.... cuando dar vuelta le toca |
| Pondréme mi saya verde, mis zarcillos de coral, que esperanza y alegría siempre juntas han de estar. | ¡ay qué bien las vueltas da! Laego dice, anda morena, con un aquel y una sal, que hasta las piedras bailaran si ellas pudieran bailar. |
| También mi collar pondréme porque sea todo igual, y porque sé que á mi novio compuesta le gusto más. | Voy, voy corriendo á ponerme mis zarcillos de coral, y mis zapaticos bajos y mis medias de telar porque según baile, todos á los pies me mirarán. |
| En el atrio de la iglesia ya aguardándome estará y en seguida que yo llegue vendrá á sacarme á bailar, que antes que baile conmigo con otra no bailará. | Y bailando con mi novio me dijo el domingo atrás que mi pié es el más bonito que él ha visto ni verá. |
| Todas las mozas del pueblo envidia al verme tendrán, que es mi novio el mejor mozo de los mozos del lugar. | Por eso hoy á mis zapatos para que le gusten más les he puesto hebillas nuevas con lazos de tafetán. |
| Bailando el otro domingo las hijas del sacristan la sobrina del Alcalde, la cuñada de Pascual, todas, todas le miraban con una cara así tan..... vamos, estoy bien segura que me le quiren quitar. | Que entre tanto que los mire á otra mirar no podrá, y así siempre llevar quiero con qué su atención llamar. |
| Pero no, que él ya me ha dicho que á mi solo me querrá y aunque viva lo que viva | Ya el baile habra comenzado, y aguardándome estará, voy, voy corriendo á vestirme para ir con él á bailar, que antes que baile conmigo con otra no bailará. |

ELVIRA SOLIS.

GARCILASO DE LA VEGA

El Postigo de Soria.

TRADICION HISTORICA

I

Vetustos monumentos de piedra, testigos mudos de la existencia de otras generaciones pasadas, enlazados á sucesos de la historia de Castilla, van cayendo en sus más escondidas ciudades á los golpes de la piqueta demolidora, que pretende el ornato de las modernas poblaciones.

Y cuando esto acontece, no creemos ocioso dejar consignado á otras edades lo que fueron las solitarias ruinas que doquiera tienen que contemplar.

El Postigo de Soria, cuya demolición hemos visto terminada en una de nuestras recientes excursiones por la vieja Castilla, tenía su origen en un hecho que tal vez ignoraban cuantos vieron desmoronarse sus negros paredones. He aquí ese suceso.

Corría el año de 1328, tiempo en que ocupaba el trono de Castilla Alfonso XI, llamado después el Justiciero.

El Infante D. Juan Manuel, prevaleciéndose de su poder y ansioso de conservar el predominio sobre el joven monarca, habíale obligado á enlazarse con su hija doña Constanza.

Semejante matrimonio no llegó á consumarse, y más tarde el monarca, casándose con doña María de Portugal, repudió á doña Constanza bajo el pretexto de haber sido un consorcio impuesto á la fuerza, dando lugar con esto á que el ofendido padre y ambicioso magnate, viéndose destruidos todos sus sueños de ambición, se separara del servicio del Rey, y uniéndose al de Aragón moviese guerra á D. Alfonso.

Soria, si bien no tomó una parte ostensible en el alzamiento, simpatizaba con él, y toda la comarca más bien era partidaria y amiga del Infante, que del legítimo Rey.

El monarca de Castilla, tanto para asegurarse del verdadero estado de la población, cuanto para sacar de ella el contingente de armas que tan necesario le era, dada la situación en que le ponían los parciales de don Juan Manuel, ayudados por los reyes de Aragón y Granada, envió á Soria su merino mayor Garcilaso de la Vega. Favorito éste del Monarca en unión de Albar Núñez de Osorio, era tan odiado del pueblo como su compañero de privanza.

Partió el favorito, acompañado de uno de sus hijos, infanzones, escuderos del Rey y unas compañías de su guardia y pronto dió vista á Soria donde le aguardaban inesperados sucesos.

Tranquilos vivían los sorianos viendo como se acrecentaba la población merced á las concesiones y privilegios que habían ido aumentando en favor suyo, como premio á su lealtad y buenos servicios á los Reyes. Contaba en tiempo de Alfonso XI la ciudad según la Crónica de su reinado, muchísimos caballeros de grandes haciendas que sustentaban más de mil doscientos hombres de á caballo.

Por eso Garcilaso se prometía sacar gran compañía de ella para robustecer la empresa que le había encomendado el Rey.

Pero con fundamento ó sin él, había cundido la voz en Soria que el favorito, cuya privanza tenía tan disgustados á los castellanos, venía á posesionarse de la ciudad y hacer morir á algunos de sus principales caballeros.

Con estos antecedentes, negáronse entonces los sorianos á dar acogida al enviado del Rey y á las gentes que con él venían, por cuya razón tuvo Garcilaso que aposentarse con su hijo y los otros nobles en el monasterio de San Francisco, situado fuera de los muros de la ciudad y alojar sus soldados por los inmediatos lugares.

II

No tardó mucho en presentarse delante de las puertas de la ciudad un enviado de Garcilaso pretendiendo saber por qué se le impedía penetrar en ella.

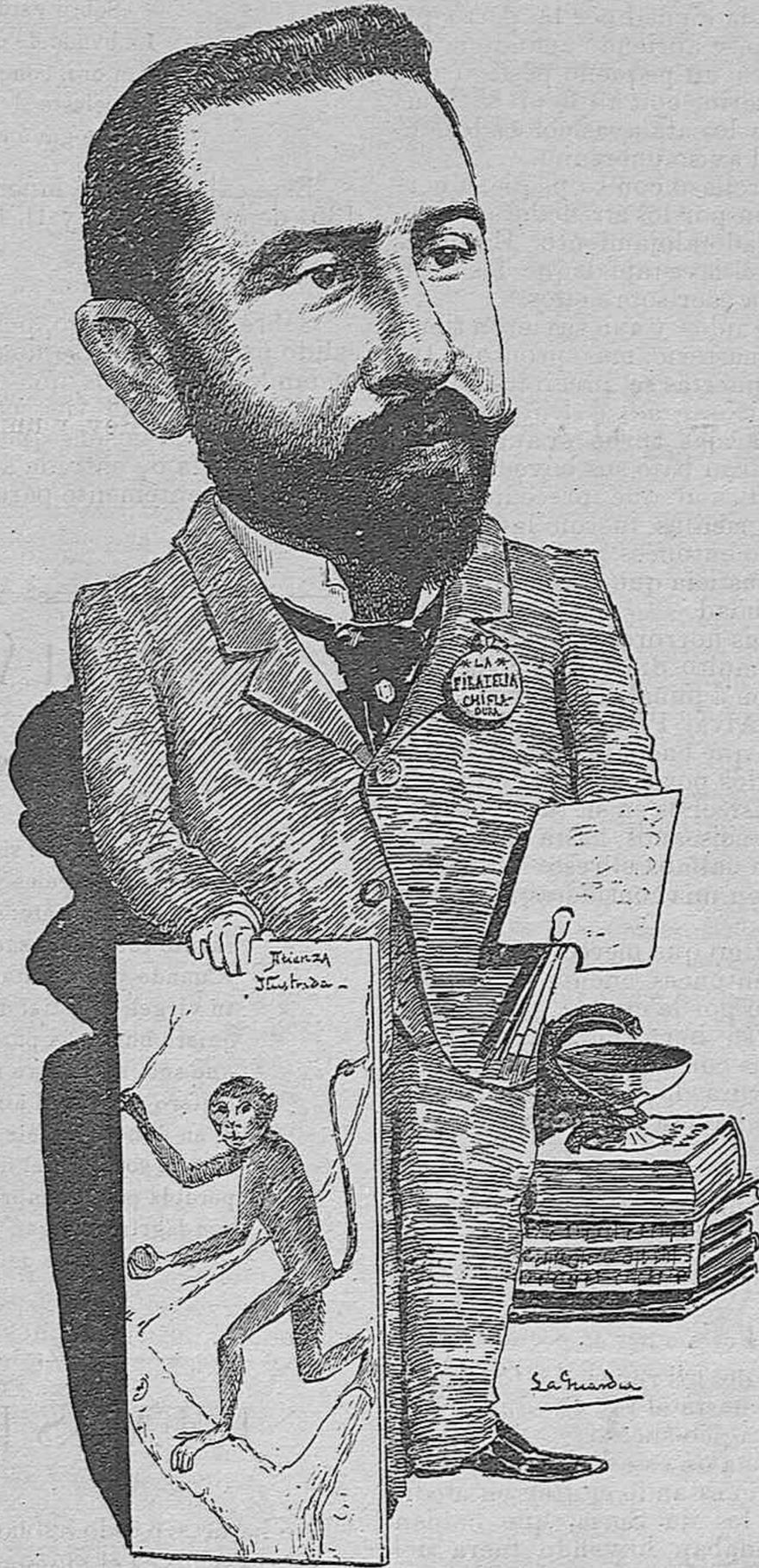
Conferenciaron los sorianos y de común acuerdo se decidió pasara á San Francisco uno de sus nobles, para manifestar al cortesano que no confiando mucho en sus intenciones, y puesto que, según expresaba, el deseo del Rey no era otro que el de alistar alguna gente que le ayudase, podía desde luego partir para la frontera de Aragón á juntar hueste, en la confianza de que Soria no había de faltarle con la suya ni de proveerle de vituallas y cuanto fuese preciso al mejor éxito.

Llegó esta pretensión á enfurecer de tal manera á Garcilaso, que hubo de insultar de palabra al mensajero.

Agraviáronse de ello los de Soria, y requirieron de nuevo á éste para que se alejase de las cercanías de la

Instantáneas

JORGE DE LA GUARDIA.



Pinta monas furibundo
en Málaga vino al mundo:
buen médico y buen artista;
más no hay Dios que le resista
cuando se pone iracundo.

Es prestidigitador
y en filatelia un portento.
Haría un buen gastador.....
—¿De dinero

—No señor.

—¿Pues de qué?

—De un regimiento.

ciudad si no quería ser causa de escándalo y alboroto.

Desestimó otra vez el aviso Garcilaso exaltando con ello más los ánimos.

Desde este instante los sorianos no pensaron más que en deshacerse del que consideraban como enemigo y de los caballeros que le acompañaban.

Para lograr su objeto y caer de improviso sobre ellos socavaron el espeso muro de la ciudad por la parte que daba al frente del monasterio, y abriendo cuando la noche pudo favorecer sus planes, un pequeño postigo que disimularon por la parte exterior con un dévil tabique, esperaron el instante en que los atalayas colocados encima de la muralla, diesen el aviso oportuno.

Llegó este con efecto; Garcilaso con su pequeña corte, de vuelta de una excursión por los alrededores, apeábase á la puerta de su obligado alojamiento. Entonces los de la ciudad, empujando el leve tapial que los ocultaba, se lanzaron ligeros para caer sobre ellos.

Apercibiéronse los perseguidos y aun tuvieron tiempo para encerrarse en el monasterio; mas pronto el tumulto popular forzando las puertas se precipitó dentro de aquella pacífica morada consagrada á Dios, y el estruendo de sus voces y sus armas turbó el augusto silencio que de ordinario reinaron bajo sus bóvedas.

Grande debió ser la confusión que precedió al tumultuoso allanamiento; sangrientas fueron las escenas de que fué teatro el convento entonces, y que habían de dar por resultado la severa justicia que después hizo el soberano de Castilla en la ciudad.

No las describiremos en sus horrorosos detalles; bástenos con narrar que el tumulto dió con Garcilaso en la iglesia y allí le concluyeron á puñaladas como habían hecho con su hijo, su deudo Alvar Pérez de Quiñones y otros veinte y dos caballeros que encontraron. Aun pudieron escapar otros protegidos por el disfraz de frailes, pero los sorianos, aún no satisfechos en su furor, corrieron tras los improvisados franciscanos hasta el cercano pueblo de Golmayo, donde se hallaba el resto de los servidores del Rey y allí hicieron una considerable matanza de ellos.

Este desacato tuvo el castigo que merecía, pues aun cuando el rey disimuló por entonces, cuenta su *Crónica* que al año siguiente, pasando por la ciudad para llevar á la infanta doña Leonor, su hermana, á la villa de Agreda, á celebrar sus bodas con el rey D. Alonso de Aragón, aprovechó la coyuntura de la vuelta, para castigar terriblemente á los que habían sido cabeza de motín y pudieron ser habidos.

Ausentóse entonces toda la nobleza de Soria; el rey mandó destruir más de trescientas casas principales y las mandó sembrar de sal.

Data de estos sucesos la postración de la ciudad que no pudo reponerse fácilmente de tanto desastre.

III

En la *Suma de Crónicas* de los reyes de Castilla y León desde el rey D. Pelayo hasta el rey D. Juan el II, termina así la relación del trágico suceso:

«En otro cronista que habla de este Rey D. Alonso que no tiene Abtor, dice como estando el Rey en Medina del Campo, vinieron á él los de Soria, que habían muerto á Garcilaso, que andaban huyendo fuera del Reyno, é que por el castigo quel Rey fizo en Soria, que fué muy grande perdonolos, y vinieron y á él á Medina, é que el Rey mandó á Gregorio Roiz é Garcilaso, fijo de Garcilaso, que los asegurasen en presencia de amos hermanos, é dixoles que fueren seguros sobre su cabeza: é partidos á Medina estando comiendo en Valdecastillas, vino y Gregorio Roiz é mató catorce de los principales, é á uno dellos que se llamaba la Morcuera, principal causador de la muerte de su padre, por lo cual Gregorio Roiz se fué huyendo á Aragón é estuvo allí fasta la batalla del Salado que envió á pedir por merced al Rey que le perdonase, no por mas tiempo de cuando durase la batalla, é el Rey túvolo por bien é vino Gregorio Roiz á ella é truxo veinte homes darmas, todos con penachos, que fueron los primeros penachos que se vieron en Castilla, é fizo aquella batalla, é después contra moros muy grandes fazañas, é fechos darmas muy señalados por lo cual el Rey le perdonó, é le fizo muy señaladas mercedes, así de vasallos como de otras cosas.»

Como dice la *Crónica* este Garcilaso hijo del asesinado en Soria se distinguió mucho en la batalla del Salado, dada en 30 de Octubre de 1340 por D. Alfonso XI, siendo uno de los primeros en pasar el puente del rio Salado, el cual llevaba por divisa en su escudo el Ave-María, de cuyo escudo se dijo:

«Sobre verde relacía
La banda de colorado
Con oro, conque velía
La celeste Ave-María
Que se ganó en el Salado.»

Este caballero fué muerto después en Burgos el año 1351 de orden del Rey D. Pedro de Castilla.

IV

Sobre aquél postigo, por donde los sorianos habían salido para procurarse una venganza, llegó á edificarse andando los tiempos, una pesada torre revestida de escudos de la casa de Austria y defendida por dos fuertes almenas; era la misma que con el nombre de *Puerta del Postigo* servía de entrada á la ciudad, la cual ha sido derribada recientemente para dar anchura á una calle.

A. P. RIOJA.

A MÁLAGA

SONETO.

¡Patria querida! si dejé mis lares
ansioso de laureles y de gloria,
no he sido ingrato: siempre tu memoria
fuente fué de consuelo á mis pesares.
¿Cuando veré, Sultana de los mares
tu virgen celestial de la Victoria?
quiero buscar la paz, nunca ilusoria,
que solo encuentro al pié de tus altares.
Quiero aspirar el aire del desierto.
Y en donde ví lucir la luz del día,
bajo la sombra del florido huerto,
perdida para siempre mi alegría
con lágrimas regar, transido y yerto
los santos restos de la madre mía.

JOSÉ DE LA GUARDIA.

JUEVES LARDERO

No ha de ser todo hablar de lo pasado.

El presente es el momento que nos ha sido señalado para cumplir la misión civilizadora que el Hacedor Supremo quiso confiarnos. Porque todos los hombres debemos nuestro concurso á la sociedad de nuestros días; todos podemos hacer, decir, pensar algo bueno, llevar un esfuerzo, por muy pequeño que sea, para las grandes evoluciones de la humanidad que progresa; y nadie, por insignificante que parezca, nadie es inútil al producto de numerosos factores que se llama civilización.

Hay en los pueblos mucho apego á las costumbres tradicionales, las cuales, si bien modificadas por el transcurso de los años, subsisten; y aun el verlas decaer entristece á los que no piensan que, por una parte nada hay eterno en lo humano; y por otra, que el respeto á lo antiguo y tradicional debe tener sus límites, pues no todas esas costumbres se recomiendan por su moralidad y su con-

veniencia. Hay algunas que si se abandonaran y hasta se olvidaran, nada se perdería por ello.

Aquí en Atienza, como en otras comarcas, existen costumbres poéticas, que arrancan de bellas tradiciones, como la que cubre de flores los balcones de las jóvenes solteras la noche de San Juan; otras enlazadas con actos religiosos; otras, reminiscencias de épocas guerreras, ténue reflejo de los hechos de nuestros belicosos antepasados; todas inocentes y compatibles con la ilustración de cualquier tiempo, por adelantado que sea. En cambio, los hay tales que no puede tolerarlas el espíritu de nuestra generación; que por algo la humanidad avanza; y todo paso que da la ciencia, el arte, cualquier manifestación de la inteligencia del hombre, lleva consigo la condición de mejorarle, de despertar su corazón y su sentido moral si acaso están dormidos. Ciertamente que hay quien va arrastrado por el torbellino de la costumbre y no advierte su rudeza: en ese caso, deber es del que sí la advirtió el llamar la atención de los inconscientes.

Las familias de Atienza cuya posición permite un modesto festín de vez en cuando, suelen *comer un gallo* el jueves anterior á Carnaval; *Jueves Lardero*, como le llaman. Comer un gallo es cosa bien inocente, pues la cualidad de omnívoros obliga á los hombres á inmolar animales para contribuir á su sustento: pero á lo que no puede obligar, y á la que lo moral se opone, es á la segunda (aquí primera) y odiosa parte de la costumbre: á complacerse en el martirio de un pobre animalito inofensivo.

Esta primera parte consiste en dar palos al gallo hasta fatigarlo; luego, enterrarle en el suelo, todo el cuerpo menos la cabeza; y uno, con los ojos vendados, sigue dando palos (entonces de ciego) hasta alcanzar la cabeza y concluir con el pobre animal. Así me lo han contado; si hay aquí exageración, no es mía. *Es diversión de niños.*

Y es difícil imaginar otra más cruel á costa de un pobre bicho: no es la pieza acorralada en la caza, no es el toro que en la arena embiste y se defiende: es más inhumano; mil veces más repugnante esto que aquello.

Y es muy antiguo, y pasa aquí sin protesta ostensible en los últimos días del siglo XIX, días de desaciertos no menores que los de las demás edades; pero días en que el hombre, pese á todos sus errores, es mejor que antes, y con la cultura alcanzada ama á la naturaleza y tiene que ser compasivo y bueno hasta con los seres que le son inferiores.

Yo creo que no vine aquí sólo para enseñar á las niñas á manejar estúpidamente una aguja. Tienen inteligencia, tienen corazón, tienen sentimientos: desenvolverla, conmovérlas, excitarlas: esa creo yo que es mi misión.

El Carnaval del año 96 fué el primero que conocí en esta villa y ejerciendo mi cargo: cuando tuve noticia de la fiesta del Jueves Lardero y de sus pormenores, me propuse acabar con ella: al menos, intentarlo: no faltó quien me llamase insensata.

Como jueves, no debe haber clase por la tarde, según disposición reglamentaria; pero yo empleé la víspera y la mañana del aquél día especialmente en hablar á las niñas de lo odioso de la fiesta, y les exhorté á que, aunque jueves, vinieran á clase por la tarde. Se dió la clase, en efecto, y en los años siguientes se ha dado también y aun prolongado la sesión; y he permanecido en mi puesto con las niñas que han concurrido, como protesta de la Escuela, institución moralizadora y civilizadora, contra una costumbre bárbara. El viernes ó sábado siguiente, en compensación, no he tenido clase por la tarde.

El primer año vinieron *ocho* niñas; bulliciosas é indis-

ciplinadas, acabaron por darme un disgusto; el siguiente jueves del año 97 vinieron hasta *treinta y tres*; el del año 98, *cuarenta*, y este del 99 *cinuenta y una*.

Las cifras son elocuentes: las niñas me han comprendido y han correspondido á lo que yo esperaba de ellas; y sin violencia, sin sacrificio.

Si no se enfadaran por ello mis compañeros de esta villa y de otros pueblos donde se celebra el Jueves Lardero, yo me permitiría aconsejarles que, como yo, infringieran el reglamento ese día y tuvieran clase; y ganaría la moral con la infracción más que con el cumplimiento.

En nuestras manos está la generación futura. Ella derogará ó confirmará los usos que encuentre, según se la eduque, según se le dé capacidad para juzgarlos. Sabe que esta costumbre de que hablo es muy vieja, y es creencia vulgar la de la virtud de lo que se halla de antiguo establecido, sin discutirlo, sin pararse á reflexionar si es laudable ó reprobable, si es digno ó si es indigno.

En la sociedad que viene, en la generación que nos sucederá, en los niños de hoy, hay que poner las esperanzas, hay que arrojar las buenas semillas: ellas germinarán y darán sus frutos.

Sí: que los niños comprendan que la crueldad degrada; que aborrezcan, como saben aborrecer las almas generosas, ese ensañamiento contra un sér débil, aunque sea irracional.

Sepan que no se emplea la superioridad humana en torturar á un pobre organismo sensible, que por algo Dios le dotó de sensibilidad: pequeño é insignificante, también concurre á la obra inmensa de la Creación.

Que el hombre, el sér más completo de este mundo, ha de contemplar, estudiar, admirar; no destruir nada inutilmente: todo sirve, todo lo hizo Dios, y en todo es sublime su obra, en lo grande y en lo pequeño. Que si es inmenso lo que podemos entrever de ella al considerar al Sol, girando y arrastrando su sistema en órbita enorme, y al hombre que siente, piensa y realiza verdaderas maravillas, por contemplar eso tan grande no se ha de desdeñar lo pequeño, precioso en su pequeñez. El pájaro que canta, el insecto que aletea, el capullo que se abre.... ¡También son detalles del conjunto admirable, también son latidos de la vida universal!

ISABEL MUÑOZ CARAVACA.

SONETO

Cupido no es un niño, es un milano:
un milano cruel y traicionero;
un milano con músculos de acero,
verdugo y opresor del sér humano.
Yo, presa de sus garras, lucho en vano
por libertarme del mártirio fiero,
y ya los sueños del amor primero
dejé en las uñas del feroz tirano.
¡Cuanto ha sufrido sin hallar consuelo,
y ha de sufrir aun, el pecho mío!
Bien es verdad que me remonta al cielo;
mas sospecho que al fin de mi existencia
será arrojarme desde allí el impio
al abismo insondable de la ausencia.

LUIS DE LA GUARDIA.

De la tierra.



Campesinos de Guadalajara

HISTORIA DE LAS FÉRIAS

Multiplicado el género humano, extendidas las familias por países de distintos climas y diversas producciones, experimentaron éstas nuevas necesidades que no bastaban á satisfacer los primitivos cambios; de aquí surgieron los mercados, en los que las contrataciones se celebraban con más facilidad y con más extensión; fijábanse días de la semana y acudían todos á la plaza pública, donde mutuamente cambiaban sus productos. Muy pronto distintos pueblos comarcanos fueron admitidos á estos centros de comercio; se concedían treguas á las luchas que sostenían; se daban franquicias; administrábase justicia, y más tarde señaláronse distintas mercancías y medidas que servían como de precio en los cambios.

Los griegos llamaron *Agora* á sus plazas de contratación y los romanos *Forum*, nombre del cual se deriva la palabra *féria*. Así se denominaron no solamente todas las plazas de Roma, sino también las poblaciones del imperio en las que celebraban *férias*, llegando á ser grandes ciudades lugares casi desconocidos elegidos para estas reuniones, solamente por su posición central. Muchos fueron los *forum* ó plazas públicas romanas; todas las ciudades llegaron á tenerlas, y en algunas se ostentaron magníficas obras de arte, que después ha admirado la posteridad; tales fueron el *forum romano de Trajano*, *Antonio Nirro* y otros. Más tarde se construyeron magníficos edificios destinados á este objeto, que se llamaron *basílicas*. Nuestras antiguas lonjas, que aún se conservan en algunas ciudades, eran una imitación de aquéllas.

Los mercados fueron, pues, el origen de las *férias*, y se diferenciaron en que los primeros eran diarios, semanales ó cada tres días, y las segundas en días determinados del año: en los primeros, la concurrencia era limitada y las contrataciones pequeñas; á las segundas asistían gentes de países más apartados y en más número y con productos más variados.

Algunos etimologistas sostienen que la palabra *féria* se deriva de *feriis*, pudiéndose admitir también esta etimología, porque particularmente en Francia, Méjico y España, se celebraban las *férias* en los sitios donde se hacían las fiestas y dedicaciones de la Iglesia.

Las *férias* más antiguas de que se tiene noticia en España alcanzan al año 1070 antes de Jesucristo. Morales, Girón, Covarrubias, en sus obras de antigüedades españolas, dicen: que entre los pueblos que vinieron á ocupar por segunda vez á España, después de haber quedado inhabilitada á causa de una gran sequía que padeció, fueron los rodios, señores entonces de los mares, los que establecieron las primeras *férias* en Cataluña, fundando primero á Rosas, y después á Ampúrias, donde tuvieron lugar aquéllas. Que después los fenicios llevaron á *Tarteso*, hoy Cádiz, sus mercancías, é hicieron sus *férias* cambiando aceite y telas fabricadas en su país por el oro y la plata de la Península.

Los fenicios, según Girón, siguieron haciendo por muchos años el comercio en España, y establecieron otras *férias* en Cádiz, Córdoba, Málaga y otros puntos de Andalucía. Al mismo tiempo, los rodios extendían su comercio por las costas de Cataluña y Valencia, fundando también *férias*, costumbres que acabaron de generalizar en aquel territorio los cartagineses.

Los distintos pueblos que después ocuparon la Península, no sólo respetaron la costumbre sino que trataron de generalizarla, concediendo franquicias los días de *férias*, y aun dando treguas á sus guerras, para que las contrataciones se celebrasen bajo los mejores auspicios.

Los romanos establecieron *férias* en todas sus colonias.

Los godos las hicieron en Toledo, Burgos y Gijón.

Los árabes, al destruir la monarquía goda, dejaron á los cristianos el uso de su religión y de sus costumbres, y, por lo tanto, signieron celebrándose las *férias* en todos los lugares donde la guerra no lo impedía, y aun en éstos se suspendía algunas veces para favorecer al comercio.

Las *férias* más importantes durante la dominación sarracena en Andalucía, fueron las de Córdoba y Sevilla.

Avila fué la primera que tuvo *férias* después de la reconquista; se las concedió al conde D. Ramón en 1019.

Entonces, cuando ya avanzaba la obra de la recon-

quista, fué cuando las *férias* de Castilla tomaron gran preponderancia.

Burgos, León, Zamora y Valladolid eran los principales centros de comercio, donde acudían moros y cristianos á vender y comprar ricas telas de Oriente, los preciosos brocados bordados por las musulmanas, los hermosos caballos árabes y los ricos arneses guarnecidos de oro y plata.

D. Alfonso VII, en 11 de Enero de 1156, concedió á Valladolid la primera *féria franca* de que se tiene noticia, celebrándose por Santa María de Agosto; D. Alfonso el Sábido la confirmó, cuya carta de seguro se halla en el archivo de aquella catedral. Las que se celebran en la actualidad deben de originarse de un privilegio firmado en Sevilla por D. Alfonso el Sábido en el año 1253, en la cual se concedieron á Valladolid quince días de Septiembre exentos de pagos de tributos, y en esta época vienen celebrándose desde entonces.

En tiempo de los Reyes Católicos aún era franca, pues se lee en la ley XXI del cuaderno de alcabalas: «Otrosí con condición que por la franqueza que tienen las villas de Valladolid y Madrid para hacer en ellas *férias*, no se nos puede hacer descuento alguno por los arrendadores que las arrendaren.» Así se cree que siguieron francas hasta el reinado de Felipe II, en que se impusieron fuertes tributos á todas las *férias*.

De la *féria* de Atienza nada hemos podido averiguar. Sólo sí, que fué una de las vías importantes de la Edad media donde acudían los plateros italianos y se distinguió por sus contrataciones, en paños, cordobanes, etc.

La de Sevilla data de 1554, concedida por D. Alfonso el Sábido. La de Sanlúcar comenzó á fines del mismo siglo. La de Valencia en tiempo de D. Jaime I, que mandó se celebrasen desde las calendas de Agosto, el día de la Asunción de Nuestra Señora.

Las *férias* de Madrid, que se celebran en el paseo de Atocha, las concedió D. Juan II en el año 1447, según lo demuestra un privilegio dado en Valladolid á 8 de Abril de aquel año. Se llamaron *férias* de Madrid, por ser las que se concedían en este privilegio: una que debía celebrarse por San Miguel y la otra por San Mateo; esta última se celebra más que esta última.

Por aquel tiempo habían alcanzado ya gran celebradas las *férias* de Salamanca, Segovia, Valladolid, Valladolid, Rioseco y Medina del Campo. Estas tres últimas reducidas hoy á una postración grande, llegaron á ser en aquella época los principales centros de contratación en España.

En Villalón se negociaba en todos los materiales necesarios para la fabricación de paños; Rioseco era el mercado de los géneros coloniales, desde donde se importaban á Italia y Francia, y tantas eran las contrataciones que allí se celebraban, que era conocida con el nombre de India la chica.

Medina del Campo excedió en sus *férias* á todas las que entonces se celebraban. Piedras preciosas, sedas, paños, brocados, telas de oro y plata, especería, ganados, fabricaciones de Francia, Italia, Inglaterra y Alemania; cuanto ofrecía el arte y la industria, era en Medina objeto de contratación entre nacionales y extranjeros, en los cien días francos que duraba la *féria*.

Puede decirse que en Medina tuvo origen el comercio moderno de España, porque allí se verificaron las primeras operaciones de crédito, se libraron las primeras letras de cambio, se instruyeron los primeros corredores, se exigieron las fianzas á los banqueros, que no bajaban de cien mil ducados (más de un millón de reales); y en fin, allí adquirió el comercio la forma mercantil que le distinguió de las contrataciones comunes y ordinarias. Los abusos, los fraudes, la inmoralidad y otras causas, fueron debilitando su importancia, habiendo terminado por completo la contratación á fines del siglo XVI.

A medida que acrecentaban las ciudades su población, se aumentó en ellas el comercio, ensanchándose los límites de las negociaciones. Entonces perdieron las *férias* todo su poder, y actualmente las que se celebran, ni conservan el carácter ni la importancia de las antiguas.

Tal es lo que acerca de las *férias* hemos hallado en las obras de antigüedades de Covarrubias, Girón, Morales, y en trabajos de algunos otros escritores más modernos.

E. CONTRERAS.



LOS COLECCIONISTAS

El *fetichismo* existe todavía:

Hay personas civilizadas que adoran los sellos de franqueo, los insectos raros y las medallas llenas de orin, medallas mingitorias que decía un aficionado, con el mismo fervor que derrochaban los antiguos pueblos de Oriente para adorar los cantos rodados y las flores de loto.

No hay que confundir este *Loto* con la actual lotería por cartones.

En vista de lo general que se va haciendo la manía, pienso que Darwin, al fijar los orígenes de la raza humana, equivocó las especies.

El hombre no desciende del mono.

Desciende de la urraca.

De lo cual se deduce que los primeros ejemplares del *homo sapiens* empezaron por caer de un nido.

Si, como dijo Balzac, la *coleccionomanía* es grave síntoma de locura, hay que convenir otra vez más en que el mundo es una casa de orates.

La afición a las colecciones acompaña al hombre desde la cuna hasta el sepulcro.

Cuando somos niños recogemos huesos de melocotón, botones y cajas de cerillas: luego coleccionamos las cartas de la novia. Más tarde, si los amoríos cuajan y Dios concede a nuestra mujer la misma fecundidad que a la de Jacob, hacemos museo forzoso de impúberes.

Llegada la vejez, la *coleccionomanía*, como el sentido del gusto, se afina y depura.

Y no teniendo el hombre nada que recoger, se recoge temprano.

Pero los verdaderos héroes de la afición son los que ejercen el arte por el arte.

Hay muchachos elevados a la categoría de guarda sellos.

No lo digo por el simpático Director de ATIENZA ILUSTRADA mi querido amigo y maestro Eduardo Contreras, que también pertenece a ese gremio, como habrán podido ustedes ver en el número-almanaque de *Flores y Abejas* del presente año, caricaturado por La Guardia y retratado en verso por un mi compañero.

Yo ya sé que los timbrófilos de buena ley son en alto grado respetables—y basta leer las cartas filatélicas del Dr. Thebussem para convencerse de tal verdad;—pero cuando la afición degenera en furor y el timbrófilo se convierte en timbrómano ¿quién resiste su delirante instinto adquisitivo?

Por de pronto, la pérdida de nuestras colonias, producirá inefable alegría entre los timbrómanos, que ven en ciernes la nueva emisión de sellos con la estampación *estrellada* de la bandera Norte-Americana.

Y como decía un escritor francés, la muerte de un monarca constituye la felicidad de los individuos de la clase, que acogen la desgracia real con este grito, muy parecido al de los heraldos de antiguas monarquías:

—*Le Roi est mort! Vive le nouveau Timbreposte!*

Mucha gente va desolada tras un sello de los reyes *francos*—verdadero tipo de los sellos de franqueo—y no falta quien deje prevenido en su testamento que le entierren en un sobre y le envíen certificado al otro mundo.

Hay quien recoge insectos deseando ser un Buffón, y resulta ser un payaso de mala muerte.

Otros la emprenden con el reino mineral, y resultan picapedreros científicos que guardan en casa desde la piedra en que afiló Abraham su cuchillo cuasi parricida, hasta el adoquín y el tarugo de nuestras calles, próximos a pasar a la Historia gracias al modernísimo asfalto.

Estos coleccionistas colocan sobre su primera adquisición la famosa sentencia del Evangelio, algo desfigurada:

Super hanc petram edificabo delectationem meam.

Con frecuencia aguardan la caída de un aereolito como la caída del maná y el espectáculo de un pedrisco les agrada más que el de un arco-iris.

La Providencia, en cambio, suele castigar tan viciosa manía haciendo morir a estas gentes de cálculos urinarios ó de alguna contusión de teja.

Coleccionistas de autógrafos y manuscritos hay por

esos mundos, que venderían el alma al diablo si en la escritura de compromiso ponía su firma el infernal comprador.

Se hablaba en una ocasión de la teoría célebre de J. J. Rousseau y decía uno de estos coleccionistas:

—Yo tengo el contrato Social auténtico, en papel sellado y con la legalización del notario correspondiente.

Existen cervantistas que afirman tener los autógrafos originales de Sancho Panza, del Barbero y de Sansón Carrasco, y no falta bibliófilo que asegura al oído de algún amigo íntimo haber sustraído de un protocolo de Judea el Antiguo y Nuevo Testamento con todas sus mandas, legados y memorias testamentarias.

—Guardo como oro en paño,—decía un sujeto, la firma de Noé.

—¡Pero, hombre, por Dios!—le contestaban—si entonces no se había descubierto la escritura!

—No importa,—replicaba, muy serio—es que yo guardo la rúbrica únicamente.

Un curioso francés ha formado valioso museo con dos mil quinientos retratos de Napoleón.

Hay entre ellos una miniatura del célebre Jacobo David, tasada en muchos miles de francos.

Y hay quien, viendo junto al precioso cuadrito un inmenso lienzo sin mérito artístico ninguno, dice para su capote:

—Si ese es Napoleón pintado por David, este debe ser Napoleón pintado por Goliath.

Todavía recuerdan en muchos pueblos de España la visita de un inglés que buscaba recomendaciones para los verdugos y recorría las ex-cárceles de la Inquisición, para conseguir cuerdas de ahorcado.

Y como las pagaba a muy buen precio, horroriza pensar la cantidad de cuerda que sacaría el infeliz de esta clásica tierra de los *timos*.

Por de pronto muchos burros se quedaron sin ramal y y no pocos mozos de cordel encajaron los útiles del oficio.

—¡Qué hombre más activo!—decían del excéntrico inglés—no para un momento.

Y lógico es que no parase, si continuamente estaban dándole cuerda.

Abundan mucho los *touristes* que aprovechando un descuido del *cicerone*, arrancan trozos de todas las obras de mérito que tienen ocasión de admirar.

Estos coleccionistas de astillas históricas, por punto general tienen el museo en la leñera.

La clase abunda mucho.

No tenemos en España árbol, púlpito ni portada célebre que no tenga sus chirlos correspondientes, a semejanza de los Césares de granito que citó Cano en su libro *Gloria* y de los cuales no hay ninguno

que no esté desnarigado.

Museos de botones hay muchos por ahí, donde figuran desde el amplio botón de los redingots *incroyables* y *merovillenses*, hasta el menudo botoncillo del moderno guante de piel de perro.

Célebre fué la colección de sombreros de Mariano Fernández.

Célebres eran ya los catarros del Gobierno liberal y especialmente los que *padece* su jefe el Sr. Sagasta.

Las estampillas de las cajas de cerillas, que constituyen series de políticos *conocidos*, monarcas, bailarinas, toreros, etc., son causa de más de una riña infantil.

Pero nadie había coleccionado pantalones hasta que le ocurrió idea a un desocupado que tiene archivados en profundas arca gregüescos, calzones, bragas y taleguillas de todos los tiempos, países y uniformes conocidos.

Hay quien dice, que si alguno de esos pantalones que recoge los llevara puestos dentro de su casa, algo mayor sería su autoridad doméstica.

Y su amigo decía la otra tarde, mirando alternativamente al coleccionista y al cielo encapotado:

—Tengo gana de que salga el sol y se marche el barro de las calles.

—¿Para qué?

—Hombre, para ver si acabas de recogerte los pantalones.

EL MÉDICO DE L...

(CUENTO)

I.

Voy á narrar una escena que jamás olvidaré; voy á trasladarla al papel como brotó de venerables labios, sin galas que la adornen, sin palabras rebuscadas, sin frases armoniosas, falta de estilo, pero sencilla, y en su sencillez conmovedora, y en su sencillez elocuente. Escuchada á los doce años, no tenía para mí otro valor que el que nos merece un cuento; hoy comprendo las palabras de un anciano que elevaba nuestra profesión á un sacerdocio tan grande y sublime como el sacerdocio encargado de guiar nuestras ideas y dirigir nuestros pensamientos hácia Aquél que todo lo puede.

II.

En los últimos días del mes de Marzo de 1867 me encontraba en C..., pequeña y pintoresca aldea de una de nuestras más fértiles provincias. La noche era fría y el fuego que chisporroteaba en el hogar, era un agradable compañero que tranquilamente disfrutábamos mi respetable tío, mis primos, yo y un pequeño gatito, mártir de mis travesuras.

Mi tío era una persona de no escasa instrucción; en las largas noches de invierno pasaba la velada explicándonos historia, descubrimientos, costumbres de animales, etc. Aquella noche, sin embargo, no había desplegado sus labios; estaba pensativo, parecía meditar. Yo tenía que venir á la corte á principiar mis estudios y más tarde conocí lo mucho que me quería; pero esto no quitaba que de vez en cuando sus manos me hicieran entrar en razón. Reinaba un profundo silencio que fué interrumpido por la voz de mi tío, que dirigiéndose á mí, exclamó:

—Pasado mañana marchas á Madrid; nos abandonas, pero nos dejas la grata satisfacción que con tu trabajo vas á buscar un porvenir más halagüeño que el que te ofrece esta miserable aldea.... Espero no echarás en olvido á tu anciano tío.... Te dedicarás á una profesión noble y honrada que te proporcione desahogo é independencia.... ¿Qué clase de estudios merecen con preferencia tu atención?

—Médico, contesté sin titubear.

—Desconoces aún la misión que al médico le está encomendada en la sociedad... Más tarde quizá la conocerás... Dime, ¿por qué te gusta la carrera de medicina.

—Toma... porque el médico gana muchos cuartos, exclamé con la candidez más natural del mundo.

Una ligera sonrisa se dibujó en los labios de mi tío. Era indudable, en aquel momento veía á los hombres agitarse, luchar entre sí, ambicionar elevados puestos para adquirir un pedazo de oro, móvil de la actual sociedad.

—Puesto que tus intenciones son el ser médico, graba en tu corazón la historia de un malogrado joven que ejercía en L... cuando yo próximamente tendría tu edad. Por ella comprenderás que el médico necesita sacrificar sus intereses, su familia y hasta su existencia en aras de la humanidad doliente.

III

«Un labrador del pueblo L..., comenzó mi tío, había llegado á adquirir á fuerza de trabajo y economías una posición bastante desahogada. Dos hijos constituían toda su felicidad, una hembra y un varón, cuya precoz inteligencia é imaginación viva demostraban aptitud para los trabajos intelectuales. A los catorce años determinó su padre llevarle al convento de V... donde adquiriese una instrucción que él no había recibido. El joven estudió con gusto los primeros años, y más tarde pasó á la universidad, matriculándose en medicina. Contento y feliz, sin más ambición que poseer su título para volver al lado de sus padres y hermana, se distinguía entre sus compañeros por su notable aprovechamiento.

¡Ah! la terrible parca que nada respeta segó la vida de sus ancianos padres dos años antes de terminar sus estudios. Huérfano, sin recursos, después de innumerables trabajos, logró dar fin á su carrera y regresó al lado de su hermana á ejercer su profesión en el pueblo que le había visto nacer, entre los campesinos...»

—¡Pero es posible! dijo mi tío con aire enojado.

Por toda respuesta, sacudí un fuerte pisotón al gato que había tenido el atrevimiento de gritar, interrumpiendo de este modo á mi tío.

—Te decía—continuó— que el joven médico llegó á L... con alegría de sus convecinos. Bien pronto su trato dulce y amable y su amor al estudio le captaron las simpatías de todos, y más que simpatías sentían veneración. De día y de noche, con bueno y mal tiempo, á todas horas estaba dispuesto á prestar sus auxilios á aquel que los necesitase, sin reparar en distancias, ni la posición del enfermo. ¡Cuántas veces ante el horrible espectáculo de la miseria, se conmovía su corazón y depositaba una limosna para alimentar al indigente! El, en una palabra, protegía al desvalido, tendía su mano al desheredado, calmaba las angustias del que padecía, secaba las lágrimas del anciano, devolvía la esperanza á la madre que suspiraba, á la hermana que gemía...

—Pero vamos al caso en que este joven demostró lo que era la misión que ejercía.

—Ya era tiempo—dije para mí,—entreabriendo los párpados que involuntariamente se cerraban.

IV.

El terrible azote del cólera invadió el pueblo L... Su médico desplegaba una actividad extraordinaria, comía poco, dormía menos, y acudía solícito donde el deber le llamaba. Había formado una lista de los atacados, que principiaba por un extremo del pueblo y concluía en el otro; como el número de enfermos era considerable, cuando terminaba de pasar sus visitas volvía á empezar de nuevo. Tenía su casa en la salida del pueblo; hallábase á los pocos días de desarrollarse la epidemia en la parte opuesta cuando llega su criado presuroso, y con la tristeza retratada en el semblante:

—Señor... vuestra hermana tiene el cólera.

Al oír tal noticia... saca el lápiz del bolsillo, anota en la lista el nombre de su hermana y continúa interrogando al enfermo. El criado le miraba con asombro, y después de breves instantes se aventuró á decirle:

—Señor... que es vuestra hermana.

—Ya iré cuando le llegue su turno.

—Pero... es vuestra hermana, repetía el criado.

—Hoy no tengo hermanos... aquí es un nuevo caso de cólera... en un hospital sería el número tantos.

—Pero vuestra hermana, señor... vuestra hermana... ¿me entendéis?—insistía el fiel criado, temeroso ya por el juicio de su amo.

—A nadie le interesa la vida de mi hermana tanto como á mí; pero el médico, en el ejercicio de sus funciones, es como el pundonoroso militar en el campo de batalla; si vuelven la vista atrás ante el enemigo por sacorrer su familia ó sus intereses, sobre el uno pesa el rigor de la ordenanza, sobre el otro el tribunal de la conciencia. ¡Qué remordimientos si abandonase mis enfermos por despertarse en mí el egoísmo de hermano! No... no... es un nuevo enfermo.

Y continuó sus visitas.

Cuando llegó á su casa, le participaron la infausta noticia de que su hermana acababa de fallecer. Desde el umbral de la puerta se contentó con decir:

—Cese pronto la epidemia y pronto te lloraré... hoy no era el hermano... hoy era el médico, y para éste todos son iguales... Llegué tarde á este enfermo... cómo ha de ser... cruz... Volvamos á empezar.»

Pocos días después, era depositado en una fosa el cadáver del médico... víctima de su profesión...

V.

Calló mi tío: su relato me había impresionado. El quizá lo comprendió así, porque con voz solemne exclamó:

—No olvides sus palabras: *hoy no era el hermano... hoy era el médico, y para éste todos son iguales.* Y ahora escucha un consejo de un pobre anciano que toca ya al término de su vida: donde quiera que la suerte te lleve haz el bien, ejerce con conciencia una de las profesiones más nobles que se conocen, nada ambiciones más que la salvación de tus enfermos, y sobre todo recuerda la máxima del que murió en la cruz: *todos los hombres son tus hermanos; amaos los unos á los otros.*

J. CON Y TRES.

EN UN ABANICO

Es el abanico emblema
de los tiempos estivales,
agita el aire que quema
y nos libra de sus males.
Y cual solícito Hado
recoge del viento errante
algún suspiro emanado
en una tierra distante.

JORGE DE LA GUARDIA.

VISITA DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES

El día 12 del pasado mes de Febrero recibimos la visita de una comisión de la expresada Sociedad, compuesta de los Sres. D. Enrique Serrano Fatigati, Presidente; Conde de Cedillo, Secretario; D. Juan Catalina García, D. José Ibáñez Marín, D. G. del Amo, D. Felipe B. Navarro, D. Alfonso de la Java y D. Vicente Poleró.

Tuvimos el honor y la satisfacción de contarlos entre nosotros los días 13 y 14: el 15 se marcharon satisfechos de la visita á los escombros de antiguas grandezas que encierra nuestra villa.

Acompañados de varias personas visitaron toda la villa desde el altivo castillo, las murallas, iglesias románicas, hospital y las ruinas del convento de San Francisco cuya ábside ojival se conserva entero, como protegido por el genio del arte que no quiere dejar perecer tanta belleza.

La Redacción de ATIENZA ILUSTRADA, en su nombre y también creyendo interpretar sentimientos de toda la villa, no tiene palabras bastantes para agradecer á los excursionistas su visita, y la distinción de verse por ellos colocada en el catálogo de los lugares monumentales de España.

La Sociedad Española de excursiones se instituyó con el objeto de estudiar á España bajo todos sus aspectos y principalmente desde el científico, histórico, artístico y literario. Y su misión la cumple perfectamente.

Tenemos la desgracia de no concebir importancia á nuestro país, y de mirar indiferentes los tesoros de arte, de historia y tradición que encierra nuestra España monumental, á veces más estudiada y elogiada, que de los propios, de los extraños.

La Sociedad de Excursionistas publica un *Boletín* mensual: en él figuran los resultados de sus excursiones; y con esta publicidad que viene de personas competentísimas, con los viajes hechos á costa de los socios que los realizan, el estudio detenido de los puntos que

recorre, la suma de instrucción que representa la de todos sus miembros reunida, lleva á cabo una gran obra, una inmensa cantidad de trabajo en beneficio de la ilustración nacional, y merece el más caluroso aplauso de los españoles que sólo estiman que será grande su patria cuando pueda figurar en la fila de los países más ilustrados.

MISCELANEA

Periódicos recibidos.—Han llegado á nuestras manos los siguientes: *La Crónica, Flores y Abejas y La Verdad*, de Guadalajara; *Revista Contemporánea, Gaceta de la Bolsa, España Agrícola, Revista Blanca, Vida Literaria, Boletines de la Sociedad Española de Excursiones, Revista técnica de Infantería y Caballería, Boletín del Circulo Filatélico Matritense, Madrid Filatélico, La Nación Militar, España, Revista Popular, El Arte, Revista Mne-motécnica, Bellas Artes*, todos ellos de Madrid; *El Eco de Sitges, La Peña de Martos*, de las villas de sus respectivos nombres; *La Tempestad*, de Segovia; *La Cuña*, y *El Trabajo*, de Sabadell; *El Necesario*, de Talavera la Reina; *La Timbrología Española*, de Val de Santo Domingo (Toledo); *Boletín Filatélico*, de Manzanares; *La Ilustración Filatélica*, de Barcelona; *La Alhambra*, de Granada; *Mallorca*, de Palma; *Aragón Ilustrado*; y por último la revista *Hispania* que empieza á publicarse en Barcelona por la casa Miralles y se presenta ilustrada con todo lujo y verdadera elegancia.

A todos les damos las más expresivas gracias, remitiéndoles en cange nuestra modestísima Revista.

Biografía.—*Héroes de la manigua, San Pastor, Santocildes, El Batallón de San Quintín*, por José Ibáñez Marín. Madrid. Establecimiento tipográfico de *El Correo Militar*, 1895.—Un folleto de 71 pág. en 4.º con grabados.

—*Claustros románicos españoles*, por D. Enrique Serrano Fatigati, catedrático, consejero y Presidente de la Sociedad Española de Excursiones, con 26 figuras intercaladas en el texto y 2 fototipias. Madrid. Imprenta de viuda é hija de Gómez Fuentesnebro, Bordadores, 10.—1898.

—*Sentimientos de la Naturaleza en los relieves medioevales españoles*, por D. Enrique Serrano Fatigati, Catedrático, consejero y Presidente de la Sociedad Española de Excursiones, con 52 figuras en 3 láminas y 13 intercaladas en el texto. Madrid. Est. tip. de San Francisco de Sales. Pasaje de la Alhambra, núm. 1.º—1898.

—*La reforma literaria*: folleto núm. 2. *Inutilidad de las Academias*, por D. Manuel Peralta y Mirelli. Madrid. Celestino Apaolaza, impresor. San Juan, 14.—1897.

—*Alcalá la vieja*, ensayo histórico ó apuntes para una monografía de aquel Castillo, por D. José Demetrio Calleja, procurador y natural de Alcalá de Henares. Guadalajara. Imprenta de Diputación provincial.—1897.

Ferías.—El día 19 empiezan en esta villa la renombrada feria que celebra todos los años. A juzgar por los preparativos comerciales, promete estar animadísima. Celebraremos que así sea y el tiempo favorezca á los feriantes.



HISTÓRICO

Hubo una gran temporada hace ya unos cuantos años en que la guardia civil con un celo exagerado, persiguió á los cazadores aquí y en pueblos cercanos.

Por aquel entonces fué cuando mi amigote Paco el *Lrudis*, gran cazador, por librarse del chubasco tanto y tanto cavilaba que el pobre se quedó calvo.

Cuando Tiburcio las Heras el embustero, alias *Miño*, el pobre perdió dos dientes al furioso rechinarlos.

Y también cuando Correa, cazador de c... en canto, tuvo que atarse bien fuerte la correa á sus zapatos.

En fin, que fué aquel un tiempo calamitoso y aciago para los que á San Huberto son devotos exaltados, pues tuvieron que aprender todos el paso gimnástico y el gran trote cochinerito si á cazar iban al campo.

Y basta de digresiones y á nuestro cuento volvamos.

Al que más le persiguieron y más que á todos marearon fué á un imberbe barberillo llamado Leocadio Bravo, que era en aquella ocasión alegre, decididor, franco, entre las mozas, un ídolo, y entre los mozos un majo.

Tenía tal afición á cazar, que era muy raro el día que no corría como alma que lleva el diablo perseguido de los guardias que no le daban descanso.

Por vengarse, el muy truhan, una mañana temprano por delante del cuartel pasó en su manta embozado viéndose perfectamente por el bulto, que debajo de la tal manta, llevaba la escopeta y el reclamo.

Le atisbó el guardia de puertas, se fué con el soplo al cabo del pucsto, que era un gallego de sus deberes esclavo, y al punto con otro guardia tras del barbero marcharon.

Como a queste les llevaba gran ventaja, el muy taimado procuraba que le vieran; pero siempre calculando no le ganaran terreno;

y así estávoles sobando toda la santa mañana cerro arriba y cerro abajo.

Por fin, cuando comprendió que se encontraban más blandos que una breba bien madura, se detuvo en el Padrastro, que es un cerro que hay aquí entre todos el más alto: colocó con mucha fiema la jaula entre dos peñascos y en un tollo se sentó á los guardias esperando; los que muy poco después al mismo sitio llegaron.

«Altu á la guardia civil: Si te meneas te abrasu» dijo con voz jadeante y tono enérgico el cabo.

«Ni la Virgen de Piloña te ha de vater, condenadu; que has caidu en el garlitu y vate á costar muy caru».

Al asomarse los guardias, la jaula bajó rodando hasta mitad de la cuesta, y el otro guardia escapando tras de ella, la recoge, viendo que en lugar de un macho de perdiz lo que en la jaula era lo que había un gato, que maullaba fieramente al encontrarse encerrado; así como al mismo tiempo pudo cerciorarse el cabo que lo que creyó escopeta y que el barbero en la mano empuñaba, era una escoba de palma y mango de palo.

Y entonces el barberillo á la intimación del cabo contestó con mucha sorna: —Yo no sé que esté penado el que un hombre se divierta sin que cause el menor daño—

Ante un hecho tal, los guardias quedaron estupefactos y en consejo decidieron no haber delito en tal caso. Por lo que el cabo le dijo al barbero en tono uraño:

«Nada dice la ordenanza que ha de hacerse en este casu. Así pues, porque las gentes no digan me *extralimatu*, digo, que me extralimitu, queda con Dios; y caidadu con esas bromitas, mozu, que el mejor día te raju».

Y se marcharon los guardias corridos y avergonzados; quedó el barbero riendose, y colorin colorado.

AGALLONES.

SUCEDIDO

Voy á referir á ustedes —y va de asuntos de caza— el percance acaecido á un mi amigo, que se escama hasta de su propia sombra; menos de bichos en jaula.

Es el caso, que mi amigo madrugó cierta mañana para que al salir el sol, «cuando las perdices cantan» pudiera estar en el chozo; y, en efecto, así lo estaba.

Conque, arregla las faltillas de la rústica cabaña, aquí separa una piedra, allí arranca una retama, pone bien el arbolillo, desenfunda, y ¡Virgen santa!... al colgarse la perdiz como mochila á la espalda, colocó uno de los ganchos en la puerta de la jaula que, está claro, por su peso poco á poco deslizaba, hasta que, . . . ¡Dios sabe cuando el reclamo se escapara!

Con lo que, mi buen amigo, á casita se tornara contando el suceso á cuantos en el camino se hallaba.

RUIBARBO.

Charadas

1.ª

Juan, si mañana ocurriera que te despertaras antes, dile á segunda tercera, en cuanto tu te levantes, que con segunda primera vaya al huerto por guisantes y traiga un *tollo* siquiera.

2.ª

Segunda prima hace el mudo cuando se propone hablar; primera tres todos tienen, salvo algún caso especial; y el *tollo*, lector, es fruta que fresca no comerás en invierno, aunque la busques en toda la cristiandad.

SOLUCIONES

correspondientes al núm. 2.

A las charadas. A la 1.ª *Litrona*.
« 2.ª *Tomate*.
« 3.ª *Marchamalo*.

Al m'saico. — E V A
V A T E
A T I L A
E L
A



¡BARATURA SIN IGUAL!

COMERCIO DE TEGIDOS

DE

RUPERTO BARAS LAFUENTE

ATIENZA

GRAN REBAJA DE PRECIOS EN

Tricots.
Patenes.
Vicuñas.
Gergas.
Lanillas.
Tapabocas.
Mantas de Palencia.
Bayetas de Teruel.
 > > Atienza.
 > > Padroluengo.
Toquillas.
Lanas para vestidos.
Merinos de lana negros.
Panas.
Cuties colchon.

Fajas.
Boinas.
Gorras piel de nutria.
Sombreros de todas clases.
Camisetas punto de Señora y Caballero.
Chalecos punto.
Telas blancas.
Retores.
Vichis doble-ancho.
Corbatas.
Ropa blanca confeccionada.
Mantelería de Rentería.
Camisas planchadas para caballero.
Carretes marca cadena.
Franelas para vestidos.

Además un gran surtido en paquetería, pasamanería, mercería y bisutería, así como otros muchos artículos imposible de enumerar.

No hay donde se venda más barato que en el

GRAN COMERCIO DE ULTRAMARINOS DE IGNACIO LAFUENTE

PLAZA DE LOS ÁRBOLES.—ATIENZA

Vinos generosos.
Aguardiente y licores de todas clases.
Conservas vegetales de guisantes.
Pimientos dulces morrones.
Tomate natural pelado.
Conservas de frutas: Guindas.
Melocotón de Aragón, ciruelas claudias.
Aceitunas sevillanas: barriles de $\frac{1}{2}$ fanega,
 cuñetes y frascos de clase superior.
Pasta para sopa de diferentes clases.
Galletas variadas de clase fina.
Chocolates de Matias Lopez
Idem de las Calatravas y la Colonial.
Café en granos y molido.

The negro y verde
Tapioca del Brasil. Azúcares de todas cla-
ses.
Arroces de varias clases. Pimiento supe-
rior.
Especies molidas y sin moler.
Bacalaos. Aceite andaluz superior.
Ceras labradas y velas de esperma.
Quesos de Bola, Gruyere y manchego.
Vagilla fina y ordinaria; cristalería.
Porcelana, lampistería y batería de cocina.
Papel blanco, rayado y de colores.
Libros rayados, cuadernos de todos pre-
cios y otra infinidad de artículos.

¡NO HAY QUIEN VENDA MAS BARATO!